

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO VIII.

Ataque, retirada, decision y adhesion.

Al llegar á Roma las gentes de los Colonnas, encontraron cerradas las puertas y guarnecidos los muros. Estéban ordenó á sus clarines que avanzáran con uno de sus capitanes, é intimasen imperiosamente el mandato de ser admitidos sin pérdida de momento.

—«Tenemos órden de no admitir á nadie con armas, clarines ni banderas, respondió el gefe de los guardias de la ciudad; despidan los Colonnas sus gentes, y serán bienvenidos.»

—¿Quién ha comunicado órdenes tan insolentes? replicó el capitán.

—Monseñor el obispo de Orbielo y Nicolás de Rienzi, ambos protectores del *buono stato*.

El capitán llevó á su gefe la mencionada respuesta. Es imposible describir hasta que extremo llegó la cólera de Estéban Colonna. «Volved, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, é intimidales que sino nos abren al instante las puertas á mí y á los mios, la sangre de los piebeyos caerá sobre sus propias cabezas. Por lo que hace á Raimundo, decidle que los vicarios del Papa ejercen elevada autoridad espiritual, pero ningun poder temporal les asiste: decreta un ayuno, y será obedecido sin réplica. Respecto del temerario Rienzi, anunciadles que mañana irá Estéban Colonna á buscarle al Capitolio, y mandará que le arrojen por la ventana mas alta de ese palacio.

Con toda exactitud transmitió el capitán este mensaje, y no fué menos severa la contestacion del gefe romano.

«Declarad á vuestro señor, dijo, que Roma les considera como rebeldes y traidores á él y á los suyos, y que no bien os incorporeis á sus gentes, recibirán nuestros arqueros la órden de hostilizaros en nombre del Papa, de la ciudad y del libertador.»

Esta amenaza fué cumplida al pie de la letra: antes que el anciano baron tuviese tiempo para distribuir sus huestes, se abrieron las puertas, y una multitud de hombres bien armados, aunque mal disciplinados, avanzaron con las banderas azules del Estado romano, lanzando terribles gritos, y haciendo resonar sus armas. Tan furiosa fué su arremetida, y tan inmenso su número, que los barones volvieron grupas, fueron perseguidos hasta una milla de la ciudad, despues de un tumultuoso conflicto.

Luego que los barones se repusieron algun tanto de su derrota, celebraron consejo acerca de las medidas que debian adoptarse, y allí se emitieron las opiniones mas diversas y contradictorias. Querian muchos emprender la marcha al momento con direccion á Palestina, perteneciente á Estéban Colonna, y cuya fortaleza era inespugnable; algunos opinaban por dispersarse y entrar pacíficamente en diseminados grupos por las demas puertas. Turbado Estéban Colonna por la ira, y no conservando el imperio acostumbrado sobre si mismo, no podia sostener su autoridad; y algunos nobles, entre ellos Lucas Savelli, hombre tímido, aunque sutil y pérfido, volvia ya la rienda de su caballo mandaba á sus gentes que le siguiese al castillo de la Romania. Al fin se le ocurrió al anciano conde un medio de evitar la desunion, cuyos riesgos para la Palestrina, donde se fortificarian, mientras enviaban á Roma uno de sus gefes, solo y sumiso en la apariencia, el cual examinase las fuerzas de Rienzi, y tratase de la admision de los demas nobles.

—¿Y quién vá á encargarse de comision tan peligrosa? preguntó Savelli en tono irónico. ¿Quién se atreverá á esponerse solo á la rabia de la plebe mas feroz de Italia, y á los caprichos de un demagogo en la primera embriaguez de su triunfo. Barones y capitanes se miraron unos á otros: Savelli soltó una carcajada.

Hasta entonces no habia tomado Adriano parte alguna en la conferencia, y muy poca en el anterior suceso; mas en esta ocasion salió en auxilio de su deudo.

«Señores, yo me encargo de esa comision, mas solo por mi cuenta é independientemente de lo que os atañe, libre de hacer lo que estime oportuno á la dignidad de un noble y de un ciudadano de Roma, sin restriccion alguna para enarbolar mi estandarte en mi torre, sino prefiero adherirme al nuevo Estado.

—¡Bien dicho! exclamó el anciano Colonna. ¡Presérvenos el cielo de volver como enemigos, si en clase de amigos nos es lícita la entrada. ¿Qué os parece ese proyecto, hidalgos?

—Difícilmente podia hacerse eleccion mas acertada, dijo Savelli; pero me sorprende que un Colonna hable de optar entre la resistencia ó el someterse á esa revolucion.

—«Cada uno se entiende; si buscáis á un agente á quien hayais de prescribirle la línea de su conducta, fijaos en otro, pues yo no sirvo para el caso. Os lo digo con toda franqueza, he visto mucho en otros Estados, para no dudar de que la condicion última de Roma exigia una eficaz reforma; pero ignoro si Rienzi y Raimundo son capaces de cumplir la mision que se han impuesto.

Savelli guardó el mas profundo silencio. Estéban Colonna aprovechó aquel instante. «A Palestrina, pues, dijo, v venga en vos lo que viniere, al menos no os

Despues de algunos murmullos, accedieron al fin los barones á la proposicion de Estéban, cuya oportunidad era evidente.

Viólos marchar Adriano, y despues, en compañía de un solo escudero, se dirigió hácia una de las mas lejanas entrañas de la ciudad. Le preguntaron su nombre apenas se presentó en las puertas, y lo dijo sin rebozo.

«Entrad, señor, dijo el centinela; tenemos órden de admitir á todos los que vengan desarmados y sin comitiva. Además, nos han dado la consigna especial de hacer al señor Adriano tan solo, los honores debidos á un ciudadano y á un amigo.

Conmovidó Adriano con este recuerdo implícito de una antigua amistad, pasó por delante de una prolongada línea de ciudadanos armados, que le saludaron respetuosamente, y cuando hubo correspondido con urbanidad á aquel saludo siguieron los pasos de su caballo exclamaciones de aprobacion y de júbilo.

De este modo cruzó sin tropiezo el jóven patricio las desiertas y largas calles, ocupándose la mitad de los habitantes en custodiar los muros, y la otra mitad en atenciones mas pacíficas. Por último, penetrando en el centro de la ciudad, se ofreció á su vista el elevado y anchuroso espacio del Capitolio. Descendia lentamente el sol sobre la inmensa machedumbre que inundaba aquella plaza, alzabase en medio un tablado, sobre el cual ondeaba al viento el confalon azulado de Roma, sembrado de estrellas de plata.

Adriano tiró de la rienda á su caballo. «No es este el momento de hablar con Rienzi, dijo para si; quisiera, no obstante, confundirlo entre la muchedumbre, juzgar de la estension de su poder, y del modo con que lo sustenta.» Reflexionó un instante: entró en una de las calles mas oscuras, y á la sazón desierta: le entregó el caballo á su escudero: se cubrió con el casco y con el manto de este: llegó así á una de las entradas del Capitolio; y á beneficio de su disfraz, ocupó un puesto entre la multitud, para ser testigo atento á lo que sucediera.

—¿Cuál es el objeto de esta asamblea? preguntó, dirigiéndose á un ciudadano modestamente vestido.

—¿No habeis oido la proclamacion? preguntó el ciudadano algun tanto sorprendido. ¿No sabeis que el consejo de la ciudad y los síndicos de los artesanos han resuelto ofrecer á Rienzi el título de rey de Roma?

El caballero del emperador, á quien correspondia esta dignidad augusta, retrocedió casi espantado.

Esta asamblea de nobles interiores, de consejeros y de artesanos notables, añadió el ciudadano, está combocada para oír la respuesta de Rienzi al ofrecimiento que le hacen.

—¿Y esta respuesta será sin duda afirmativa?

—Lo ignoro: acerca de este punto circulan diversos rumores, porque hasta ahora no ha revelado el libertador sus sentimientos á nadie.

—En este momento anunció una música marcial la llegada de Rienzi. Se dividió tumultuosamente la muchedumbre, y el libertador pasó del Capitolio al tablado con armadura, pero descubierta la cabeza: Raimundo de Orbielo iba á su lado con traje episcopal.

Imposible es describir los gritos, los gestos, las lágrimas, los sollozos, las risas salvages con que aquellos hijos del Mediodia dieron muestras de su entusiasmo tan luego como apareció Rienzi en la plataforma. Henchian los balcones y ventanas del palacio las esposas é hijas de los nobles de segunda clase, de los mas ricos habitantes, y Adriano sintió un leve estremecimiento al distinguir entre ellas el hermoso rostro de su Irene. Aquella encantadora jóven, pálida y bañada en lágrimas, hubiera eclipsado todo cuanto la rodeaba á no mostrarse junto á una beladad que la emocion de aquella escena hacia subir de punto. Centelleando á través de un húmedo velo, fijos estaban los rasgados ojos negros de Nina Raselli sobre el héroe de su eleccion, y el orgullo, mas bien que la alegría, daba á su rostro colorido mas brillante, y aire mas regio á la esbeltez de su figura. Esparcieron los últimos resplandores del día en toda su gloria sobre las descubiertas cabezas, las animadas facciones de aquella extraordinaria concurrencia de espectadores y la enor me y cenicienta mole del Capitolio; y no lejos de Rienzi iluminaban de un modo sorprendente el leon colosal de basalto que daba su nombre á una de las escaleras de tan magestuoso edificio. (1) Era una antigua reliquia de Egipto, inmensa, degradada, y de un carácter sombrío y espantoso; un símbolo de una religion olvidada: al que dió el artista algun rasgo de la fisonomía humana. Producía aquel artificio tal vez el objeto deseado, añadiendo una expresion misteriosa, sobrenatural y formidable al solemne reposo que tiene el secreto de representar la escultura de los egipcios. Sentia el vulgo con tanta fuerza la especie de terror inspirado por aquella figura colosal y amenazadora, cuanto que la *escalera del leon* era el sitio de las ejecuciones y el teatro de las ceremonias públicas. Rara vez sucedia que los mas atrevidos ciudadanos se olvidasen de hacer la señal de la cruz, ó no espermentasen algun susto si por acaso al atravesar la plaza se encontraban sus ojos con la mirada de piedra, y las formidables y siniestras pestañas del antiguo monstruo de las ciudades del Nilo.

Muchos minutos transcurrieron antes de que le permitiera á Rienzi hacerse oír la conmoncion de la asamblea; mas cuando por fin terminaron las aclamaciones con el grito simultáneo de ¡viva Rienzi salvador y rey de Roma! levantó la mano con impaciencia, y la curiosidad produjo en el instante un profundo silencio.

(Continuará.)

(1) El Capitolio de nuestros dias es un todo muy diverso al de la época de Rienzi. Se equivoca el lector si supone que la escalera actual diseñada por Miguel Angel y en cuya base se ven dos leones, tomados de la iglesia de S. Estéban por Pio IV, es la escalera del leon de

RUBINI.

No fué Rubini favorecido en sus principios por la fortuna como otros muchos artistas: tuvo que luchar por largo tiempo con la mas dura necesidad antes de alcanzar la brillante reputacion que hoy rodea su nombre, y el maravilloso cantante ha pasado prolijas miserias, ha sufrido crueles exigencias antes de figurar en primera línea.

Rubini nació el 7 de abril de 1795 en Romano, pequeña poblacion cerca de Bergamo, patria de los tenores por excelencia, y cuya gloria debía realizar tanto Rubini junto con Davide, Nozzari, Donzelli, Bordogni, que ya lo habian ilustrado. La familia de Rubini formaba una banda de músicos ambulantes, que probaba fortuna en las fiestas de los contornos y en las sociedades cantantes, presentándose lo mismo en las funciones de Carnaval y en las de Pascuas. Cada cual ejecutaba su parte: el uno era violinista, el otro tocaba el violoncelo, el padre tocaba el clarinete y la madre cantaba. Vagaban al acaso improvisando segun la ocasion un concierto ó una ópera si se encontraban con una banda de esos gitanos de la música que pudiesen correr con ellos el azar de la buena ó mala suerte. Juan Bautista tocaba el violin, y aun cantaba un poco, mas sus padres no contaban con esta última habilidad. Un honrado organista, mejor sacerdote que músico, habia predicho que el jóven Rubini no cantaria, y despues de haberle examinado y de haberle auxiliado con sus consejos le despidió declarando que su voz no valia nada. El padre de Rubini, que necesitaba absolutamente un tenor para los conciertos de familia, no desesperó de las facultades de Juan Bautista, y dirigió con tanto esmero los esfuerzos del jóven cantante, que un dia, con grande asombro del sabio organista, cantó de una manera maravillosa el *Qui tollis* en una gran solemnidad.

Este excelente ensayo le valió estrenarse en la compañía lírica que ocupaba la escena de Romano: como faltase en el momento de la representacion de una ópera nueva un papel de mujer, hubo que recurrir á Rubini. Tenia entonces doce años, y fue muy aplaudido el jóven tenor bajo su disfraz prestado. Rubini permaneció algun tiempo en Romano con su familia, buscándose siempre la vida en las modestas aldeas de los contornos, cuyo recinto no traspasaba su nombre. Al fin se le proporcionó una escritura para Bergamo, merced á su doble talento de instrumentista y de cantante. Segun los artículos de su contrata, debía tocar el violin durante los entreactos, para distraer el fastidio de los espectadores, y de cantar durante la representacion en los coros. Rubini cumplió su doble obligacion con su habitual celo, y una circunstancia feliz vino por primera vez á permitirle ocupar el lugar que por su mérito le correspondia.

La empresa del teatro de Bergamo se vió obligada de improviso á hacer que cantase Rubini una cavatina de Lamberti intercalada en una comedia, y fue sumamente aplaudido. Despues de esta tentativa logró otra escritura, y abandonando los papeles secundarios comenzó á figurar como primer tenor. Formaba parte de una compañía ambulante que recorria los teatros del Piamonte: por desdicha no fue próspera la fortuna de los cantantes nómadas; apenas era escuchada la ópera por los escasos espectadores que frecuentaban el teatro, y un malhadado ensayo de baile, tentado por un verdadero Fígaro dramático, que dirigia la sociedad cantante, estuvo á punto de comprometer la vida y dió al traste con las esperanzas de la compañía ambulante. Para ponerse en salvo se vió obligada á apejar á la fuga al través de los campos, mientras caia una horrorosa lluvia. Cantantes de ambos sexos, apuntador, músicos, todo el personal dramático, lleno de cintas y de colorete, calzado con ligeras zapatillas de baile, saltaba á toda prisa fosos llenos de agua, cruzaba enlodados senderos, altas yerbas empapadas de agua, dejando en un charco el uno los bordados de su manto, el otro las lentejuelas de su traje; este la corona campestre que orlaba sus sienes, aquel los zapatos esmaltados con chispas de oro. Rubini, á quien hoy vemos llegar con grande aparato en posta, con correos á la cabeza, participaba tambien del comun desastre.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

De un dia á otro llegará á esta corte, en reemplazo del eminente Salvatori, el bajo profundo señor Cuzet. Segun nos han informado personas inteligentes, canta muy bien la música religiosa; esto no obstante, parece ser que se estrenará con el *Roberto el Diabolo*, que es su ópera favorita.

La noche del sábado se ejecutó en el gran teatro del Circo el drama titulado *Teresa*, traduccion del distinguido literato Ventura de la Vega. Nuestros lectores tendrán ya noticia del mérito de esta obra; en cuanto á su ejecucion, figúrense qué tal será ella, cuando estaba confiado el papel de protagonista al célebre Tama-yo, y el señor Arjona hacia papel sério.

En el teatro del Circo se dispone el baile titulado *La Tarántula*. Este teatro gana mas con los danzantes que con los cómicos, y así aconsejamos á los figarantes de empresario que no saliera de bailes. No se nos vayan á resentir las lindas bailarinas por esto de danzantes, porque para nosotros danzar y bailar allá se va.

Tambien se va á repetir el baile titulado *La Linda Beatriz*. Seria de desear que no se presentara esta vez el mamarracho ridículo, el hombre de los tres pies.

En Tarragona se ha ejecutado la ópera de Donizetti *El Elixir di Amore*, bastante regularmente para ser un teatro secundario.

En Palma se ha estrenado *El Templario*.

Se espera de un momento á otro la llegada á esta corte de los señores Lopez y Gondois, autor primero de la taquigrafia musical, premiado con privilegio de invencion por diez años en España y Francia.

Segun anunciaba el Diario de antes de ayer, el señor don Leon José Serrano no traducirá ya el *Timon, libro de los oradores* que trata de publicar el señor Jordan: este trabajo se lo ha encomendado el editor, al apreciable jóven don Pedro Madrazo y creemos que ganará un ciento por ciento. La causa de esta variacion parece ser el que el Papá del primero se encuentra malo: nosotros creemos que lo malo era la traduccion.

De un hombre ocioso puede decirse que muda de religion cada dia de la semana, el domingo cristiano, el lunes griego, el martes persa, el miércoles asirio, el jueves ejipto, el viernes turco y el sábado judío, pues estos son los dias de descanso establecido en esos diferentes pueblos.

Memorias históricas de S. A. R. la duquesa de Berry, dos tomos en octavo; se encuentra esta interesante obra en las librerías de Castillo, Brun, Sanchez, Cuesta, y la imprenta de la calle del Duque de Alva.

Anunciamos hace algunos meses la publicacion de las comedias de Alarcon dirigida por el distinguido escritor don Juan Eugenio Hartzenbusch y nos prometiamos excelentes resultados de esta empresa. Ahora parece que la persona que figuraba como editor de la obra ha titubeado en el momento crítico, y la empresa no se llevará á cabo al menos por el que la habia inventado. Nosotros esperamos con fundamento que al regresar el Sr. Hartzenbusch del Real sitio de San Ildefonso será alentado por otras personas para la publicacion de las comedias del célebre autor, á cuya correcta pluma debe la escena La verdad sospechosa.

Sociedades que hace tiempo desaparecisteis, cuántas mas os han sucedido! Agítanse las danzas sobre el polvo de los muertos, y las tumbas crecen bajo los pasos de la alegría. Reímos y cantamos en los lugares rociados con la sangre de nuestros amigos; ¿Dónde estais hoy los males de ayer? ¿Dónde estarán mañana las felicidades de hoy? ¿Qué importancia podemos atribuir á las cosas de este mundo? ¿La amistad? Desaparece cuando el que es amado cae en el infortunio ó cuando el que ama llega á ser poderoso. ¿El amor? Es engañador, fugitivo y hasta culpable. ¿El renombre? Lo participais con la mediania ó el crimen. ¿La fortuna? Habrá quien cuente como un bien semejante frivolidad? Quedan esos dias á que se dá el nombre de venturosos, pasados en la oscuridad de los cuidados domésticos, y que no dejan al hombre ni el deseo de perder, ni de volver á comenzar la vida.

BOLETIN ESTRANJERO.

Nuestra célebre compatriota, la señorita doña Antonia Montenegro, recibe en Viena cada dia nuevas muestras del aprecio que aquel público la profesa. Nueve veces ha cantado la *Norma* y en todas ellas ha obtenido gran cosecha de aplausos.

El acreditado Mercadante, director del Real conservatorio de Nápoles, ha sido escriturado por orden de S. M. de maestro del Real teatro de San Carlos de la referida capital, por término de cuatro años, y con la obligacion de escribir dos óperas durante este tiempo.

El célebre Donizetti se halla actualmente de director del primer teatro de Viena.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho de la noche: última representacion del drama nuevo, en cinco actos, titulado: *LOS COBRADORES DEL BANCO*. Terminará el espectáculo con baile nacional.

DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

DEL CIRCO.

No pudiendo efectuarse por ahora el primer acto de la ópera titulada *PADILLA O EL ASEDIO DE MEDINA*, pueden los señores que tengan billetes reservados, presentarlos en la contaduría de este teatro y recoger su importe por no tener aplicacion á ninguna de las funciones que se ejecuten.